

DIA SEGUNDO.

LA PRIMAVERA,

Ó SEA:

LAS INSPIRACIONES DIVINAS.

Hodie si vocem ejus audieritis, nolite obdurare corda vestra.

Hoy mismo, si oyereis su voz, guardaos de endurecer vuestros corazones.

(SAL. XCIV, 8.)

Pasaron, por fin, los tristes dias del crudísimo invierno: una deliciosa bonanza empieza á esparcirse por la atmósfera que nos rodea, cual mensajero y precursor de un más grato porvenir. Ya el suelo no quedará más sepultado debajo de las nieves; los torrentes, las inundaciones y las devastaciones no vendrán ya más á infundirnos espanto y terror. Y aquel desolador rugido de los revueltos mares, aquel sepulcral silencio de las desiertas llanuras, y aquel ropaje de luto con el cual se hallan cubiertos los valles, tambien ellos, por fin, cesarán. Sí, cesarán, finalmente, señores; así os lo está diciendo aquella graciosa florecilla, aquella inocente Primavera, la cual, apenas ha sentido las primeras bonanzas de la próxima estacion, aparece para anunciaros, con la grata vision de sus gentiles bellezas, que el tiempo de luto ha trascurrido finalmente. ¡Oh! cómo todo lo que en ella descubris os enamora y arrebatá, aquellos troncos redondos y vellosos, aquellas hojas anchas, arrugadas las unas, y extendidas las otras sobre el suelo, todas ellas cubiertas de un delicioso plumon; aquellas florecillas matizadas de infinitos colores, distinguidas por sus múltiples formas, admirables por la variedad, preciadas por su galanura! ¿No es verdad que vuestros ojos, cansados ya de ver aquellos tristes montes, aquel cielo nebuloso y encapotado, y aquella campiña despojada de toda belleza, no pueden ménos de regocijarse ante tal espectáculo, y de saludar festivos aquella querida florecilla? Sin em-

bargo, señores, lo que en ella encanta, principalmente, es la admirable prontitud con que, impaciente de una demora más larga, se levanta del seno de la tierra en los dias en que el tiempo no está todavía bien seguro, y cuando apenas ha percibido la grata influencia de la estacion propicia. ¡Ah! ese hecho no carece ciertamente de arcano y de misterio. Y, en realidad, nosotros descubrimos en él un misterio y un arcano el más profundo y sublime.

Tambien nuestro corazon es un tierra, tierra agitada por los impetuosos vientos de las rebeldes pasiones, tierra sepultada debajo de las nieves del más glacial desvío, tierra sumergida en las cenagosas aguas de las culpas y de los pecados. Y sobre esta tierra, señores, sopla, tal vez con suavidad, el soplo del Altísimo; mas, á impulso de ese soplo de aura apacible y suave, que nos hace sentir la bonanza de la caridad y del amor, ¿aparecen acaso en ella las flores del arrepentimiento y de la compuncion? ¿Y la inocente Primavera, que responde obediente á la primera invitacion, con sus encantos disipa de nuestro corazon los horrores de la estacion pasada?

¡Oh dichosa florecilla! tú, que brotaste la primera en el corazon de María, no bien sintió Ella el soplo del aura suave del Señor, que la llamaba al Templo! tú, que te presentas, en primer lugar, á nuestras miradas en el misterioso jardin de esa Madre Santísima, en el cual, sin casi advertirlo, por decirlo así, hemos fijado nuestras plantas! ¡ah! ven, pues, esta noche en auxilio de nuestra flaqueza; ven, y enseñanos la importancia de responder á la voz del Altísimo, desde el instante en que empiece á llamarnos á la enmienda y á la compuncion. Sí, mis muy queridos hermanos; puesto que hemos penetrado en el delicioso jardin de nuestra Madre, María, detengámonos en la contemplacion de esa mística y espiritual Primavera, y aprendamos de Ella la manera de responder al Altísimo en el momento en que se digna llamarnos. Contempladla, pues, vedla brotando del suelo al primer soplo del aura suave; en aquel acto de descubrir todas sus gracias, que guarda, constantemente, erguida sobre su tallo. Por lo tanto, amados hermanos, debemos consagrarnos al Señor, debemos dedicarnos á su servicio, debemos seguir su senda con prontitud apenas suene á nuestro oido el primer eco de su voz, con abnegacion completa de nuestro corazon, y permaneciendo constantes en este estado, hasta que la muerte venga á quitarnos el peso de nuestra vida mortal. Os lo probaré, despues de implorar, la gracia. A. M.

Duro parecerá, tal vez, mi lenguaje á vuestros oidos; mas no olvidéis la terrible amenaza del Altísimo, de ocultarse á los pasos de aque-

llos que rehusaren responder á sus llamamientos: *Queretis me et non invenietis.* (JOANN. XXXIV, 36.)

Que el cristiano está obligado á entregarse á Dios para obtener su salvacion, es esa, señores, una verdad, que, á ménos de haber perdido la luz de la razon, ó de haber renunciado á la religion que se profesa, todos la creen y la confiesan universalmente. Empero, en lo que yerran, casi diría, la inmensa mayoría de los hombres, es; respecto al tiempo y al modo en que deben consagrarse al Señor. Si; llega á tal extremo la locura de los mundanos, que estando, por lo general, persuadidos, que todos deben consagrarse á Dios, nada es más fácil que advertir en ellos el firme propósito de no hacerlo nunca. ¿Lo dudais, acaso? A vosotros mismos, señores, apelo de ello. Puesto que, segun decís, estais persuadidos, de que debéis entregaros á Dios, ¿cómo se concibe, que se os vea seguir los senderos de la iniquidad y del pecado? Si creéis que debéis ser de Jesús, ¿cómo os contemplo secuaces del mundo? cómo os alimentais de vanidad, de ambicion y de orgullo? ¡Ah! harto os entiendo, cristianos!

La vida del porvenir, la edad más avanzada, la vejez, hé aquí cuanto reservais á vuestro Dios. ¡Oh abismo de ceguedad! Una vida, ya impotente para las diversiones y los pasatiempos mundanos; una vida que os veis forzados á pasar en el retiro y la soledad y llena de miserias, de dolencias y de achaques, ¿será ese el don que ofreéis al Altísimo? Y ¿qué don pudiera ser ese, puesto que él es, en resumen, una necesidad de la naturaleza? ¿Pudierais, acaso, llamar modestia, ese vivir alejados de los mundanos placeres, exigido por las canas que cubren vuestra cabeza, por las enfermedades que os rodean, y por una cierta conveniencia, que, aún entre los mundanos, se requiere? ¿Pudierais llamar templanza, aquella abstencion de ciertas orgías ó disipaciones, y de ciertos banquetes, de los cuales os alejan la saciedad del corazon, la debilidad de la naturaleza y la melancolia del temperamento? ¿Pudierais llamar penitencia á aquellos males, que os rodean, los cuales, finalmente, son puros é imprescindibles efectos de la edad ó de los pecados?

¡Gran Dios! ¿Y esos serán, pues, los dones que te ofrecen tus servidores? ¿Y pudieras tú, aceptarlos, Señor? Temblad á tal reflexion, amados hermanos. Es artículo de fé, que es imposible la conversion del corazon si ántes Dios no nos llama al arrepentimiento, si no nos mira con ojos compasivos, si, en resumen, no nos presta su socorro.

Mas, decidme, francamente; si estando Dios cansado ya de llamar-nos, á causa de las continuas desobediencias con que hemos respondido á su voz, ¿ha de ser posible, que Él nos llame cuando á nosotros nos

plazca responderle? ¡Oh amados cristianos! los dias de la iniquidad tienen su plazo; cuando ha sonado la última hora, ya no resta esperanza alguna de salvacion. Y ¿quién ¡ah! pudiera aseguraros, que esa hora no suene para vosotros un año, un mes, un día, ántes de aquel que vosotros mismos hubiereis fijado para vuestra santificacion?

¡Oh! no se os antoje ahora repetir, que Dios es bueno, que Dios es misericordioso; todo eso lo sé, y lo confieso: mas, eso ¿qué importa? ¿Osariais con ello presumir, que Él os esperará? que acogerá vuestros dones? que, en caso necesario, os concederá abrazar el partido de la virtud? Sea así, pues; mas, en este caso, me permitiré deciros: ¿estais vosotros bien seguros de llegar á aquel día que fijasteis para santificaros? ¿Os ha dado, por ventura, la seguridad de ello algun ángel bajado del cielo? Y dada aún la suposicion de que llegarais hasta tal día; ¿os prometeis renunciar al mundo, á las vanidades y al pecado, precisamente, en aquel tiempo en que inveterados los malos hábitos, endurecido el corazon, y encadenados con las más estrechas cadenas, fuera preciso, para romperlas, nada ménos que la mano del Cielo, la fuerza de los prodigios y la intervencion de los milagros?

¡Ea, pues, amados cristianos! si sentís el pesar en vuestra alma, hoy, que Dios os llama, hoy mismo, seguidle. Aprended de María, de esa mística y espiritual Primavera, la manera y la prontitud con que debe responderse al dulce y amoroso eco de la voz de Dios. María vivía en la casa paterna, entre los abrazos de un padre y de una madre que la amaban tiernamente; vivía amada de los parientes, de los vecinos y de los amigos: cuando solamente contaba tres años de edad, cierto día, estando de rodillas y entregada á la más fervorosa oracion, parecíale sentir dentro de su corazon un nuevo incendio de caridad; y entre las llamas que suavemente la abrasan, oye una voz dulce, tierna y penetrante. Era la voz del Amado, que la llamaba al Templo. Al imperio de aquella voz, semejante á una aura suave que sopla en el suelo, ya fecundo, de su enamorado corazon, hé aquí que se levanta con solicitud la inocente Primavera. Oye, y aquella voz es para Ella un mandato. María escucha, y olvida á sus padres; sigue escuchando, y abandona la casa paterna; escucha todavía, y parte de su pueblo natal; y con paso veloz se dirige donde la llama su Padre, donde la quiere su Esposo, al Templo santo de Dios. La ternura de su edad, la fragilidad del cuerpo y la delicadeza de la complexion, nada pueden sobre el corazon de María. Ella corre, vuela; y aún ántes de entrar en el Templo, héla ya enteramente absorta en el exacto cumplimiento de sus deberes, en la custodia de su corazon, en la oracion, en la modestia, en el silencio.

Pues bien; ¿qué más pudiéramos apetecer, amados cristianos? Si somos devotos de María, imitémosla. Entreguémonos también nosotros á Dios despidiéndonos del mundo, de las vanidades y del pecado. Hoy, que Dios nos llama, que nos deja oír tan suavemente su voz, brote en nuestro corazón la flor misteriosa. Sacrifiquémonos en su obsequio, y en su servicio; mas, ese sacrificio sea pronto y perfecto.

Y hé aquí la segunda calidad de que, según he dicho anteriormente, debe ir acompañada nuestra ofrenda, ó sea, la obligación que tenemos de entregarnos á Dios.

Es un terrible engaño del maligno tentador creer, que podemos dividir nuestro corazón entre Dios y las criaturas; que es posible amar á Dios sin olvidar enteramente el mundo. De ahí, que nada sea más común, amados cristianos, que el ver almas consagradas, según ellas dicen, al culto y al amor de Dios, corriendo, no obstante, en pos de las vanidades y las miserias de la tierra. Ofrécese á Dios el corazón, es cierto; pero, una parte de él se deja al amor de las criaturas. Ofrécese á Dios nuestro afectos; pero, reservando algunos de ellos para los deleites y pasatiempos terrenales. Ofrécese á Dios nuestra voluntad; pero, retiénese una parte del libre albedrío para la ejecución de nuestros deseos. Sacrificase al Señor nuestro cuerpo, se le consagran nuestros pensamientos; pero, sin aborrecer por eso, tal ó cual ilícito placer, ó esas impúdicas representaciones, que se ha dado en llamar exigencias y necesidades de la naturaleza. En una palabra: ofrécese á Dios todas nuestras acciones; pero, reservándose alguna de ellas, ora para la intemperancia, ora para la venganza, tal vez, para la lujuria; sí, resérvese alguna de ellas, que se considera indispensable, al gusto, á la vanidad, á las modas, á los bailes, á las tertulias y á los pasatiempos.

Y, sin embargo, los que así obran, tienen la osadía de creerse enteramente de Dios. ¡Qué ceguera tan miserable! ¿Cómo es posible persuadirse, que Dios acepta vuestro sacrificio, declarando, como declara en tantos lugares de la sagrada Escritura, que es muy celoso de su gloria, y que jamás se sentirá dispuesto á cederla á los demás? ¿Si Él nos está continuamente diciendo, que quiere nuestro corazón, que lo quiere todo y por completo, y que cuantas veces vosotros se lo presentéis dividido, aunque le reserveis la mayor parte de él, rechazará absolutamente vuestro don? Si Dios nos repite sin cesar, y tan claramente, que es imposible servir á la vez á dos señores: *nemo potest duobus dominis servire* (MATTH. VI, 24); vuestras ofrendas repartidas de esa suerte, entre Él y las criaturas, ¿serán, acaso, los dones de Caín, y, por lo mismo, indignos de sus miradas,

á no ser la de la venganza y del furor? Aquella Virgen Santísima, cuyos devotos profesais vosotros ser, ¿se condujo, por ventura, de esa suerte respecto de su Dios?

¡Ah! Ella, amados hermanos, cual espiritual Primavera, que despliega al punto de nacer toda la riqueza de sus matices, la amenidad de sus formas y la fragancia de sus perfumes, consagrose toda entera á su Señor. A Él consagró su alma, que quiso fuera siempre cándida esposa del Espíritu Santo. A Él consagró el entendimiento, que siempre enderezó á la meditación de los divinos misterios. A Él consagró la voluntad, que pronta estuvo siempre y obediente en amarle. A Él consagró la memoria, que empleaba siempre en el recuerdo de las divinas misericordias y de las mercedes recibidas. Ella quiso que su corazón fuera todo de Dios; y en él no tuvieron participación alguna las criaturas de la tierra. Quiso que sus pensamientos fueran todos de Dios; y en ellos no reinó más que la pureza, la santidad y el candor. Quiso que sus afectos fueran enteramente para Dios; y no fueron animados sino con llamas positivas de perfectísimo amor. Su cuerpo fué un templo animado del Dios de la santidad y del candor; y como que debía ser lo primero que ofreciese á Dios en holocausto perfectísimo de virginal pureza, fué el primero en exhalar de su interior un grato olor de candidísimas azucenas.

Vosotros, mis amados oyentes, sino todos, al ménos una parte, podeis todavía imitar el ejemplo que os ofrece en esta noche María, con aquel sacrificio, el mayor que puede hacer un hombre mortal sobre la tierra. Todos los que habeis venido aquí á oír mi voz, podeis, sin excepcion, imitar á María, según vuestro estado y vuestra condicion. La santidad á la cual os llama el Señor, el servicio que pide de vosotros, no es, no, incompatible con estado alguno, ni condicion alguna. En todo estado se puede amar á Dios, se puede servirle, se puede ser enteramente suyo.

Por último, para conseguir que nuestro don sea perfecto, requiérese la perseverancia. Debemos entregarnos á Dios desde el instante en que Él nos llama, no sólo por completo, sino aún con constancia, cual místicas Primaveras, que permanecen sobre sus tallos para duradero ornamento del delicioso suelo. Y sobre este punto, sólo acierto á decir, amados cristianos, que más hubiera valido no haber conocido á nuestro Dios, ni haberlo jamás amado, que el prescindir de su amor y renunciar á su servicio, precisamente, en el acto mismo en que se había empezado á servirle y á amarle. El infiel, que no ha conocido á su Dios, no es extraño que encuentre en su presencia misericordia y piedad. Empero, el cristiano, aquel que una vez ha

amado á su Dios, que ha gustado las delicias de su corazón, que ha sido colmado de sus beneficios, que ha sido escogido entre mil otros, santificado con su gracia, alimentado con su propia carne y fortalecido con su palabra, ¡ah! si este tal desiste de amarlo, si renuncia á seguirle, si vuelve á caer en las primeras culpas, y las faltas primeras, no cabe duda alguna de que será privado de aquellas gracias especiales, y de aquellos oportunos auxilios que pudieran conducirle á la salvación y al puerto de salud. Nos lo dice el Señor con toda claridad en su Evangelio: ninguno que pone su mano en el arado y mira atrás, es apto para el reino de Dios: *Nemo mittens manum suam ad aratrum et respiciens retro aptus est regno Dei* (Luc. XI, 62).

Y sin embargo; ¡cuántos hombres, amados hermanos, especialmente en nuestros días, hacen befa de esa divina amenaza! ¡Cuántos otros, después de haber llevado vida devota en su juventud, en la edad más madura entréganse á una vida libre, relajada é infiel! ¡Cuántos son los que creen haber hecho ya bastante para llegar al cielo, y se persuaden de que pueden entregarse á rienda suelta á una vida más alegre, más licenciosa y más placentera, creyendo que sus pasadas virtudes les han de salvar! Ese es un error funesto, amados cristianos, del tentador maligno, que solo busca nuestra propia perdición.

Dirijamos, pues, una mirada á María, á nuestra deliciosa Primavera, y aprenderemos de ella la constancia en el bien. Colmada y confirmada en la gracia, Madre de Dios, Reina del cielo y Señora de la tierra, ninguno más que Ella puede estar seguro de la eterna bienaventuranza. Ella, sin embargo, no desiste jamás en todos los días de su vida de obrar bien: no se contenta de cuanto ha hecho ya, sino que quiere añadir á los pasados méritos nuevos y nuevas virtudes: no cifra, no, su seguridad en aquello que ha obrado anteriormente, sino que lo olvida todo, como si cada día fuera el primero de su peregrinación hacia el cielo. Ella sabe que es Hija del Eterno y divino Padre; mas ese pensamiento la impele á trabajar constantemente por no desmerecer de tal filiación. Conoce que es la Madre del Verbo eterno; mas esa idea la induce á hacerse más y más digna de Él. Ve que es esposa del Espíritu Santo; mas ese conocimiento la excita á no hacer nada que desmerezca de su amor.

En suma, amados cristianos, María, al primer soplo de la gracia, cual obediente Primavera, germina, florece, y aumenta su hermosura, así en las tintas, como en los colores; en las formas, como en las gracias y en la fragancia; no hay temor alguno de que se marchite

sobre su tallo; muy al contrario, cada día la reviste de galas y esplendores. ¡Oh! dichosa Ella, que al llegar, finalmente, al término de su vida mortal, pudo presentar esas flores al divino Jardinero con lozanía y frescura tal, que merecieron ser trasplantadas en el jardín eterno de los cielos.

¿Y nosotros, mis queridísimos hermanos? ¡Oh! qué vergüenza debe ser la nuestra, por haber sido hasta aquí tan diferentes de nuestra Madre Santísima! ¿Qué debemos hacer, pues? Dios, hoy, en este momento mismo, nos llama; ¿pensamos, acaso en responderle? ¡Ah! muévanos el ejemplo de nuestra Madre María. ¡Ay de nosotros si no nos resolvemos! Y ¿qué pudiéramos esperar de nuestra desobediencia? Nada más que un fundado temor de condenación eterna. Acaso éste será el último día de los divinos llamamientos... tal vez ya no soplará más con suavidad sobre nuestro suelo aquel soplo que da vida... puede ser que nos sobrevengan en breve aquellos ardores, que abrasarán nuestro ya estéril corazón... ¡Oh Dios mío! ¿qué eternidad de penas y tormentos no estaría reservada para nosotros?

¡Ah! hermanos míos, no difiramos más el plazo, y dispuestos á imitar las virtudes de María, principiemos, desde esta noche misma, por ésta, que es la primera que simbólicamente nos ha inculcado nuestra Madre Santísima. Volvamos al seno amoroso de nuestro Padre celestial, haciéndole, empero, un formal ofrecimiento de todo nuestro ser, consagrándole el alma y el cuerpo, las potencias intelectuales y sensibles, el corazón, los afectos, el entendimiento y los deseos; empleando, desde hoy en adelante, todas nuestras fuerzas en la santificación; que ésta nos acompañe todos los días de nuestra vida, que nos sostenga durante nuestra peregrinación por la tierra, y que se complete en los tabernáculos eternos de la Sion celestial.

Y Vos, constante, galana y obediente Primavera, que una vez consagrada á Dios, os conservasteis tal por entero y para siempre; acudid en nuestro socorro para que perseveremos en nuestras resoluciones. Ofendido vuestro Hijo con tantas rebeldías, con las cuales correspondimos tan mal á su amor, tal vez, en este instante, aparte de nosotros sus miradas santísimas; mas, puesto que Vos sois Madre de piedad y de misericordia, aplacad su rigor con vuestros ruegos maternales; aseguradle Vos de la sinceridad de nuestras promesas; haced, con aquella gracia de que abunda vuestro sedoso manto, que nuestras voces sean el eco de la verdad. Que estas promesas nos induzcan á detestar todo aquello que hasta ahora nos ha tenido lejos de Dios, y que las recordemos en todos los instantes de nuestra vida. Habiendo, de esta suerte, vuelto á Dios con prontitud,

con perfeccion y constancia, á semejanza de deliciosas Primaveras, podremos ser tambien nosotros un dia trasplantados en los jardines de los cielos.

DIA TERCERO.

EL JUNQUILLO,

Ó SEA:

LA GRACIA.

Optimum est enim gratia stabilire cor:
Lo que importa sobre todo es fortalecer
el corazon con la gracia.

HEB. XIII, 9.

La primavera va avanzando, y la deliciosa y siempre creciente bonanza que la distingue, da lugar á la tierra para revestirse de sus peregrinas bellezas. A la inocente Primavera, que con anticipacion anuncia la llegada de los dias hermosos, sigue bien presto, y hasta casi puede decirse que con ella compite, aquella tierna planta no ménos gentil, aquella flor no ménos deliciosa y grata, llamada Junquillo. Nitido tallo, flor de elevada estructura, olor penetrante y suave, tales son las propiedades que la adornan. De hojas puntiagudas, de campanelada forma, vária en los colores, ora blanca con visos de encarnado oscuro, ora amarilla con mezcla de blanco puro, ella cautiva vuestras miradas, sublima vuestro pensamiento, y mueve con fuerza irresistible los afectos de vuestro corazon.

Y vosotros la contemplais aquí, solitaria en lo alto de su tallo; y allí, con múltiples hojas en torno de su tronco, ora levemente inclinada sobre el suelo, ora erguida hácia el cielo con gallardía; en unas partes, cubierta y bien provista de estambres; en otras, bella por la simplicidad de las hojas. A la vista de su prodigiosa belleza, vuestro corazon siéntese como elevado sobre sí mismo.

Mas, ¿de dónde ha sacado esa flor tanta belleza? ¿De dónde procede tanta excelencia como notamos en el delicioso Junquillo? ¡Ah! mis queridos hermanos; el motivo de tanta hermosura y grandeza en esa flor debemos buscarla en el interior de su cáliz, en el secreto de sus estambres, en lo recóndito de sus hojas. Esa causa consiste en aquel jugo precioso que, exprimido maravillosamente en aquella abundancia de amarillo que lo contiene, comunica frescura á los estambres, fragancia á las flores y atractivos á la planta. Esa causa se halla en aquel precioso jugo, ó licor, que una vez destilado, ablanda la dureza, restaura la debilidad y consuela los pesares. Sí, lo repito; esa causa está en aquel precioso licor... ¡Licor misterioso! ¿qué quieres tú significarnos con tu suave fragancia y tu peregrina belleza?

Demandádselo, señores, á ese místico Junquillo, á esa flor verdadera de los campos, venerada sobre aquella ara sacratísima. ¡Oh! ella os responderá, que su rostro agraciado por la elegancia de las formas, sus mejillas deliciosas por la vivacidad de los colores, y su fragancia suave por la variedad de los perfumes, son el efecto de aquel precioso y espiritual licor, de aquella gracia celestial de que se halla colmado su inocente é inmaculado corazon. ¡Oh, precioso licor! oh gracia divina! tú, que tanto puedes elevar á la mortal criatura sobre este suelo; tú, que esparces tanta belleza y frescura sobre las facciones de María; tú, que embalsamas su vestidura con tan suaves fragancias; ¿por qué no vienes, pues, á derramarte sobre nuestro miserable corazon?

Mas ¡ay! mis queridos hermanos; ¿de qué aprovecha el invocar sobre nosotros la gracia del Altísimo, si, desdichados, tantas veces la hemos perdido y despreciado? ¿Acaso no la recibimos en las aguas saludables del bautismo? ¿No la recobramos luego en el tribunal de la penitencia? ¿No la acrecentamos, por último, en la mesa del Esposo? Y hoy (¡infelices de nosotros!) ni siquiera las huellas conservamos de ese don celestial. ¿Qué mónstruo, pues, lo arrebató á nuestro corazon? ¿Qué cruel tirano pudo quitarle de nuestras manos? ¡Ah! nosotros mismos hemos sido los mónstruos; nosotros los crueles tiranos; nosotros, que no hacemos aprecio alguno de esa preciosa margarita; nosotros, que no nos tomamos trabajo alguno para hacerla siempre más bella y esplendente; nosotros, que no curándonos de conservarla, la expusimos á la rapacidad de nuestros adversarios.

¡Ah! durante esta noche, mis queridos hermanos, en la cual nuestra Madre María, ofreciéndose á nuestras miradas bajo el símbolo